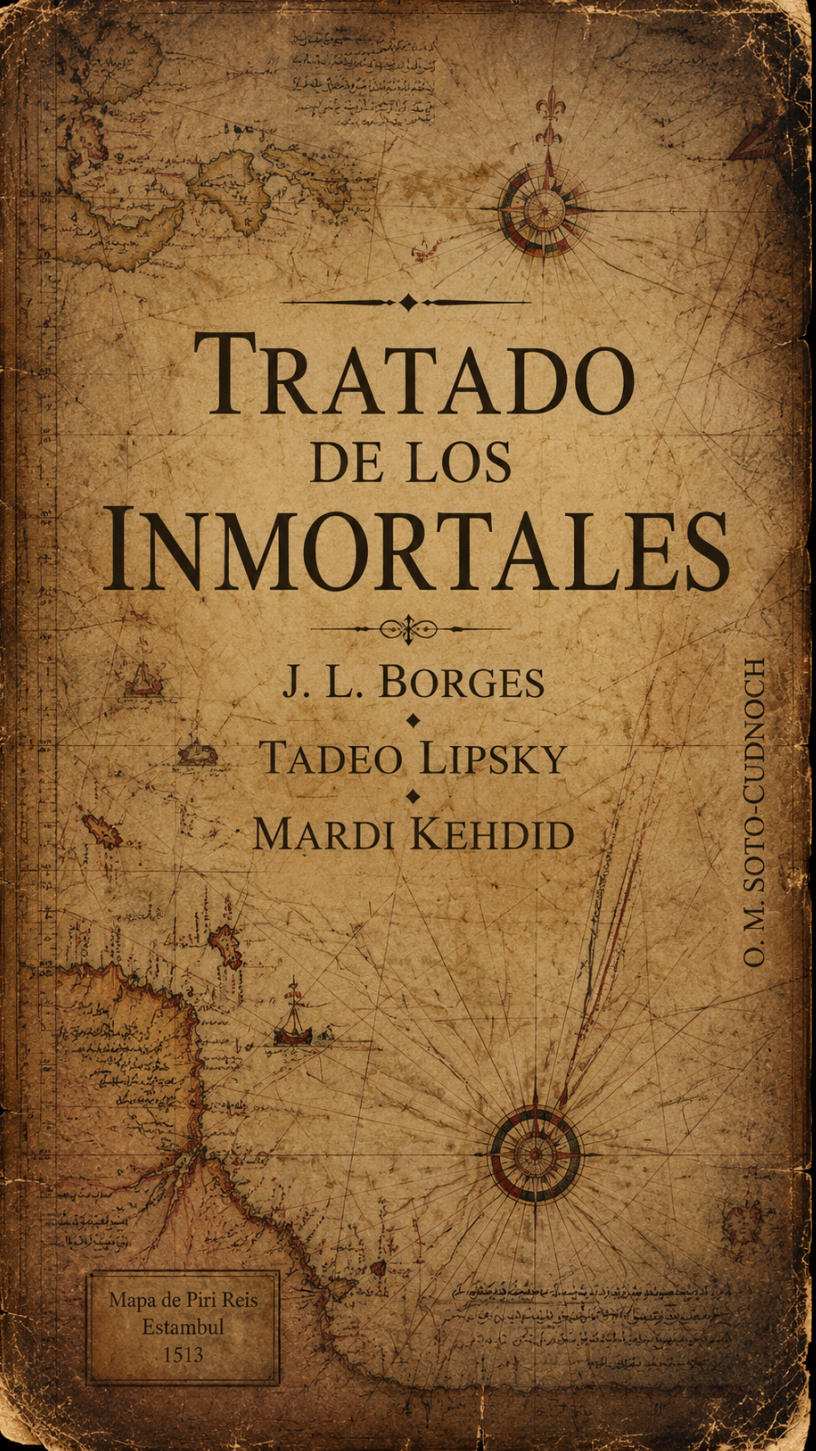




TRATADO DE LOS INMORTALES

J. L. BORGES
◆
TADEO LIPSKY
◆
MARDI KEHDID

O. M. SOTO-CUDNOCH

Mapa de Piri Reis
Estambul
1513

Tratado de los inmortales

Durante años Borges habló y dio algunas charlas sobre el *Tratado de los inmortales*, obra atribuida al persa Mardi Kehdid. Quedaron algunas grabaciones y las muchas notas hechas por mí, su alumno Tadeo Lipsky, durante nuestros viajes por Europa y Norteamérica.

Borges aseguró en más de una ocasión que editaría pronto el tratado y que me pediría a mí redactar el prólogo. No veía yo ninguna cualidad que me hiciera merecedor de tal honor, pero así dijo el maestro.

Sin embargo, luego de nuestra partida de Polonia, allá por el año 62, Borges

no volvió a mencionar el tema. Incluso parecía rehuirle. Esto y otras cosas me han impulsado a este atrevimiento de escribir sus palabras, de intentar asir su voz.

Fueron días que iluminan mi vida de formas que aun no entiendo. Y quizás por eso siento la necesidad de volcar esos días en papel.

“Hay cosas —dijo una noche de calor en el barrio de Palermo— que los hombres no deberían mirar.”

Sabemos que para la época en que Borges trabajó más intensamente junto a Maria Kodama, el asunto ya pertenecía al pasado. Dicen que está del todo clara la razón.

Algunos profesores sostuvieron que el maestro simplemente había orientado su atención hacia otros temas, y que aquellas investigaciones habían concluido de manera satisfactoria.

Otros —entre los que me incluyo yo— sospechamos algo distinto.

Quizá, a la manera de Ícaro, Borges se acercó demasiado al conocimiento y regresó herido de aquella cercanía. No poseo pruebas de esto último, sin embargo algo en ciertos silencios del maestro, algunas reticencias, me empujan a creerlo.

En la obra de Kehdid se exhibían, a modo de enciclopedia, los hombres que se dice, no mueren.

De acuerdo a los relatos del maestro, Mardi Kehdid sostenía que algunos inmortales acaso no fueran hombres únicos, sino largas continuidades. Según el persa, ciertas figuras atravesaron los siglos no gracias a una maldición o milagro, sino mediante una sucesión rigurosa de hombres que heredaban un nombre, una apariencia y una memoria parcial.

El ejemplo más célebre sería el del Conde de Saint Germain. Kehdid afirmaba que bajo aquel nombre existieron numerosos hombres. Cada uno vestía de forma semejante a su predecesor, conservaba el mismo anillo

de oro y turquesa, imitaba su caligrafía y aprendía minuciosamente sus recuerdos. Así, generación tras generación, Europa creyó contemplar al mismo individuo.

La idea puede parecer absurda al lector moderno, aunque quizá no lo sea tanto. Los antiguos reyes hawaianos, por ejemplo, eran descritos casi siempre de la misma manera: hombres morenos, robustos y solemnes. No eran el mismo hombre, naturalmente, y sin embargo la continuidad del símbolo parecía importar más que la carne.

Kehdid insinuaba que muchos inmortales nacieron de ese modo: no como hombres eternos, sino como tradiciones perfectamente obedecidas.

Borges se mostró particularmente interesado en esta hipótesis. Durante una conversación en Praga llegó a decir que quizá la humanidad jamás había deseado realmente la inmortalidad del cuerpo, sino algo mucho más simple y menos terrible: la ilusión de continuidad.

Sin embargo —dijo Borges que escribió el persa— hay algo en ellos que incomoda profundamente a los hombres.

No parece tratarse de envidia por la vida extensa del otro. Es algo más difícil de nombrar.

El hombre que murió en la cruz entregó su existencia voluntariamente para salvar a los humanos, decimos los cristianos. El sacrificio final —el inevitable— parece haber sido eludido por estas criaturas. Rara vez aparecen en las grandes gestas humanas. No conducen pueblos ni mueren en batallas. No levantan imperios ni ofrecen su sangre por nadie.

Se parecen más —y perdón por estas palabras— a ratas escondiéndose en la oscuridad del tiempo. Quizá por eso sabemos tan poco sobre ellos. Apenas un nombre, una sombra, una descripción incierta.

Nadie erige estatuas de bronce para el hombre que no muere por otros. Nadie

recuerda demasiado al que se oculta para continuar respirando mientras el mundo sigue girando.

Aun así, aquí va la lista del persa.

El judío Errante

El primero y acaso el más triste de todos de los inmortales es el conocido como el Judío Errante. Su leyenda le da varios nombres: Ahasvero, Cartafilus, Isaac y otros. En ciertas versiones era zapatero; en otras, guardia del pretorio. Todas coinciden, sin embargo, en un instante preciso: el hombre contempla a Cristo avanzar hacia el Gólgota y, por cansancio, crueldad o simple impaciencia, le niega descanso.

La condena no tardó: “Caminarás hasta mi regreso”, dicen que dijo el Nazareno.

Desde esos días el Errante atraviesa los siglos y países como una sombra. Hay quienes aseguran haberlo visto

durante las pestes medievales, en los caminos de Armenia o en puertos del Báltico. En el siglo XVII fue visto en Berna hablando un alemán antiguo, mezclado con alguna lengua semítica. ¿No recordaría ya su lengua original?

Mardi Kehdid sostenía una teoría singular sobre él. Decía que el castigo verdadero no era la duración infinita, sino la imposibilidad de pertenecer. El Errante no puede echar raíces, amar a una mujer ni permanecer junto a los muertos. Todo cementerio le recuerda que él mismo ha sido excluido de la gran reconciliación humana.

Borges observó alguna vez que toda inmortalidad es una forma imperfecta de destierro. Quizá por eso el Judío Errante suele aparecer en caminos y fronteras, jamás en hogares.

Así como Caín fue condenado a no ser aceptado en ningún cementerio luego de matar a su hermano, así fue el destino del judío.

Algunos creen que todavía camina entre nosotros. Otros —acaso más piadosos— prefieren pensar que finalmente encontró un lugar donde detenerse.

Simón

El segundo inmortal mencionado por Mardi Kehdid es Simón, a quien algunos identifican con el hombre de Cirene que ayudó a Cristo a cargar la cruz. Kehdid, sin embargo, rechazaba esa interpretación por considerarla demasiado sencilla. Afirmaba que el verdadero Simón fue apenas un muchacho que presencié la ejecución desde lejos y lloró al comprender, quizá por primera vez, que Dios lo miraba.

Aquella visión lo transformó.

Durante décadas recorrió caminos y desiertos llevando una doctrina que nunca escribió completamente. Se dice que habló en Antioquía, en Damasco y

en los puertos de Alejandría. Algunos textos siríacos sostienen que conocía lenguas que jamás había aprendido y que evitaba dormir bajo techo. Otros aseguraban que, al envejecer, su rostro comenzaba lentamente a rejuvenecer, como si el tiempo hubiera olvidado el orden correcto de las cosas.

Kehdid observó que Simón jamás realizó milagros espectaculares. No multiplicó panes ni curó leprosos. Su única virtud parecía consistir en escuchar. Allí donde llegaba, hombres y mujeres terminaban confesándole pérdidas antiguas y pecados mínimos, como si percibieran en él una fatiga más vasta que la propia.

Algunos peregrinos medievales afirmaban haberlo encontrado todavía, sentado junto a caminos polvorientos, observando a los viajeros partir sin decir palabra.

Y entonces tenemos esta rara simetría: El judío y Simón, ambos testigo de la pasión del Cristo, uno ayudando, otro

negándola. Sin embargo, los dos comparten un destino similar.

El hombre de Ugarit

El tercero de los inmortales mencionados por Mardi Kehdid es mucho más antiguo y acaso más ambiguo que los anteriores. Su nombre verdadero se ha perdido. Kehdid lo llama simplemente “el Hombre de Ugarit”, aunque en ciertos fragmentos aparece asociado al dios Eshmun, protector de viajeros y curador de fatigas.

Según el persa, en las afueras de una ciudad hoy desaparecida del Líbano, existió un pequeño santuario donde los hombres podían lavar sus pies antes de continuar el camino. El rito era humilde. No prometía salvación ni riquezas. Apenas alivio.

“Hay culpas —escribió Kehdid— que abandonan antes los pies que el alma.”

El Hombre de Ugarit habría servido allí durante años incontables. Lavaba en silencio y por igual a comerciantes, soldados y peregrinos mientras escuchaba historias ajenas. Algunos afirmaban que jamás envejecía. Otros aseguraban que sí envejecía, pero lentamente, como una montaña.

Lo que asombraba era que trataba a todos por igual, mendigo o caballero recibía la ablución. No había reproches ni sonrisas, solo el agua fresca y el lavado de los pies.

Con el tiempo comenzaron a circular rumores más inquietantes. Se decía que evitaba mirar a las mujeres. Kehdid insinuó que aquel hombre había pagado su larga vida mediante un sacrificio irreversible relacionado con la sangre y la descendencia. No explicó más.

Ningún cronista registró la muerte del Hombre de Ugarit. Quizá porque nunca

ocurrió. O quizá porque ciertos hombres, después de demasiados siglos, aprenden finalmente a confundirse con el polvo del camino.

Mis días en Cracovia me obligan a callar. Algunos hombres anhelan el conocimiento, otros solo queremos el olvido.

El Conde de Saint Germain

El cuarto inmortal del tratado es también el más célebre entre los hombres cultos de Europa: el Conde de Saint Germain. Kehdid desconfiaba profundamente de las versiones oficiales sobre él. Consideraba ridículo que un hombre verdaderamente infinito se expusiera con tanta ligereza en salones aristocráticos, cortes y banquetes.

“Los inmortales prudentes —escribió— aman las sombras.”

Sin embargo, admitía que algo extraño rodeaba al conde. Aparecía en ciudades distantes con décadas de diferencia y conservaba siempre el mismo rostro, la misma voz calma y el mismo anillo de oro atravesado por una piedra de turquesa que brillaba en la oscuridad.

La explicación de Kehdid era singular. Sostenía que Saint Germain no había sido un solo hombre, sino una larga sucesión cuidadosamente organizada. Cada heredero recibía: el nombre, el anillo, ciertas memorias y una disciplina feroz.

Aprendían a escribir igual, a caminar igual y a recordar anécdotas que jamás habían vivido. Así, generación tras generación, Europa creyó contemplar al mismo individuo.

Kehdid observaba que los hombres aceptan fácilmente la continuidad de un símbolo. Los reyes cambian; la corona permanece. Los imperios caen; el nombre de Roma continúa. Tal vez — sugería— algunos inmortales

sobrevivieron simplemente porque otros aceptaron continuar siendo ellos.

Existen retratos del Conde de Saint Germain en Viena, París y Praga. En todos parece mirar hacia un punto ligeramente desplazado del espectador, como si observara algo detrás del tiempo.

¿Sería eso un truco del pintor, o tenemos ahí un mensaje que aún no podemos desentrañar?

Ashwatthama

El quinto inmortal mencionado por Mardi Kehdid proviene de Oriente y acaso sea la historia más cruel de todas. Los hindúes lo llaman Ashwatthama. Kehdid lo describe como “el hombre que sobrevivió demasiado a su propia culpa”.

Durante una guerra antiquísima — cuyos detalles el persa consideraba ya inseparables del mito— Ashwatthama cometió un acto tan atroz que incluso los vencedores apartaron la mirada. La condena no fue la muerte. Fue algo peor: continuar.

Desde entonces vagaría por los siglos con una herida abierta en la frente que jamás termina de cerrar. Algunos viajeros aseguraban que la llaga despedía un olor leve a hierro húmedo. Otros afirmaban que, durante ciertas noches, podía oírse el zumbido de moscas alrededor suyo aun en pleno invierno.

Ashwatthama evitaba las ciudades. Dormía cerca de ruinas, cementerios o árboles solitarios. Un monje persa aseguró haber hablado con él durante una tormenta y le atribuyó una frase terrible:

“Los hombres creen temer a la muerte. En realidad el horror es llegar a ser aquello que no puede morir.”

Borges subrayó esas palabras con tinta azul.

Años más tarde escribiría que toda eternidad imaginable termina por parecerse al insomnio.

Algunos peregrinos sostienen todavía que Ashwatthama continúa atravesando bosques y caminos de Asia, ocultando la herida bajo un trozo de tela oscura. Nadie sabe qué busca.

Kehdid observó que muchos inmortales conservan una marca visible. Como si el tiempo o los dioses necesitaran recordarles constantemente que han transgredido algún límite reservado a los hombres y los dotaban de una marca. La marca del hombre, la marca de la Bestia.

El navegante

Otro de los inmortales mencionados por Mardi Kehdid aparece apenas en unas

pocas páginas deterioradas del tratado. El persa lo llama “El Navegante”, aunque aclara que ese nombre no le pertenecía originalmente. “Los hombres del mar —escribió— olvidan primero sus nombres y luego sus patrias.”

Según Kehdid, aquel hombre habría nacido en alguna isla del Mediterráneo siglos antes de la caída de Cartago. Era marinero, comerciante y ocasional pirata. Durante una tormenta frente a las costas de Sicilia cayó al agua y permaneció sumergido durante un tiempo imposible. Cuando finalmente regresó a la cubierta, ya no parecía temerle a la muerte.

Sus compañeros creyeron primero en un milagro y después en una maldición.

Con los años comenzaron a notar algo peor: el Navegante envejecía con una lentitud apenas perceptible. Un hijo terminó pareciéndose más a su padre de lo que el padre había envejecido desde el nacimiento del muchacho. Kehdid asegura que, por temor, el hombre abandonó entonces toda

ciudad conocida y continuó viajando de puerto en puerto durante siglos.

El tratado menciona su presencia en Alejandría, Venecia y Lisboa. También en puertos menores cuyos nombres hoy han desaparecido. En todas partes repetía la misma costumbre: observaba largamente el horizonte al amanecer, como si aguardara que el sol le trajera alguna novedad. Algo que parece no haber ocurrido.

Kehdid sospechaba que el Navegante no deseaba vivir eternamente. Sospechaba algo más triste: que había olvidado cómo morir.

Algunos pescadores portugueses aseguraban todavía, en el siglo XIX, haber visto a un anciano de ojos grises caminando solo por los muelles antes de los amaneceres. Nunca hablaba demasiado. Miraba el océano con una mezcla de cansancio y reconocimiento, como quien contempla a un antiguo cómplice.

Después desaparecía nuevamente entre la niebla.

El que duerme

La tradición judeocristiana nos dice que el primer hombre fue Adán. Sin embargo, en las tierras más allá del Eufrates y el Tigris, antes de Zoroastro y la devoción por la Luna, hubo otro primer hombre.

El más antiguo de los inmortales mencionados por Mardi Kehdid no posee rostro conocido ni patria cierta. El persa lo llama simplemente “El que duerme”, aunque en otros fragmentos evita incluso esa expresión, como si el acto de nombrarlo implicara ya una imprudencia.

Kehdid asegura que yace recostado sobre una roca en alguna montaña perdida de Persia. No duerme desde

hace siglos, sino desde el comienzo mismo del tiempo. Cuando el gran Dios le concedió la vida, el hombre cerró los ojos y permaneció inmóvil. Desde entonces continúa soñando.

“Nosotros somos ese sueño”, escribió el persa.

Según Kehdid, los mares, las ciudades y las generaciones humanas no serían más que movimientos mínimos dentro de aquella vasta noche interior. Los imperios, las guerras y los amores existirían apenas como pensamientos pasajeros en la mente del Durmiente.

El persa jamás dudó de esta historia. La escribía con la serenidad de quien describe la lluvia o el movimiento de las estrellas. En uno de los fragmentos conservados afirma que ciertos monjes custodiaban desde hacía milenios el verdadero nombre del Durmiente y que ninguno se atrevía a pronunciarlo en voz alta.

La razón resulta sencilla y terrible: el pronunciar su nombre lo despertaría.

Si lo hiciera, el mundo concluiría del mismo modo en que concluye un sueño al alba.

Se observó alguna vez que todas las cosmogonías terminan pareciéndose a la literatura fantástica. Luego corrigió la frase: acaso sea la literatura fantástica la que se parece a los recuerdos más antiguos de la humanidad.

Kehdid escribió también que algunos hombres intentaron buscar la montaña donde yace el Durmiente. Ninguno regresó. El persa consideraba ese detalle irrelevante. ¿Cómo podría regresar alguien de un lugar al que jamás abandonó realmente?

Porque todos somos parte del sueño.

Una lista incompleta

Esta lista muestra algunos habitantes de la eternidad, pero solo de Eurasia. La pregunta que aparece

inmediatamente es, ¿qué sucede en el resto del mundo? La paleta de colores se amplía, el diccionario necesita notas al pie. Lo que creemos entender en un continente, parece una broma en otro. Demos un breve vistazo allende los océanos.

Polinesia

Las tradiciones de Polinesia resultaron particularmente difíciles para Mardi Kehdid. El persa confesó más de una vez que los pueblos del océano parecían comprender el tiempo de un modo radicalmente distinto al de Europa o Persia. Allí, escribió, los muertos no abandonaban completamente el mundo y los vivos no terminaban nunca de separarse de sus antepasados.

Kehdid menciona a un inmortal conocido entre ciertos navegantes como “Teatta atea”. No poseía reino, templo ni ciudad fija. Aparecía en

distintas islas con décadas de diferencia y era descrito siempre de manera semejante: un hombre alto, de cabello oscuro ya encanecido por la sal, cubierto de tatuajes antiguos cuyo significado nadie reconocía.

Los relatos coinciden en un detalle singular. El hombre parecía conocer rutas marítimas imposibles, como si el océano entero conservara memoria dentro suyo. Navegaba sin mapas y evitaba cuidadosamente las noches sin luna.

Kehdid sospechaba que el llamado inmortal no era un solo individuo, sino una continuidad ritual semejante a la atribuida al Conde de Saint Germain. Cada generación heredaba: ciertos tatuajes, una embarcación y el nombre.

Así, el Hombre continuaba atravesando siglos y océanos sin desaparecer jamás por completo.

El persa observó además que muchos pueblos polinesios parecían menos interesados en evitar la muerte que en

conservar la armonía entre generaciones. Los ancestros permanecían cerca en el mar, en los nombres y en los hijos.

“Tal vez —escribió Kehdid— algunos pueblos comprendieron antes que nosotros que la eternidad no pertenece al individuo, sino a la tribu.”

África negra

Kehdid reconocía que sus conocimientos sobre África eran fragmentarios y acaso injustos. “El desierto conserva pergaminos — escribió—, pero la selva y la sabana prefieren la memoria de los hombres.” Aun así, dedicó varios pasajes del tratado a ciertas tradiciones del África negra que consideraba profundamente antiguas.

El persa observó que numerosos pueblos africanos no concebían la inmortalidad como una prolongación

infinita del cuerpo, sino como una permanencia dentro de la comunidad. El muerto no desaparecía completamente mientras continuara siendo nombrado por los vivos.

En algunos reinos del África occidental existían relatos sobre ancianos que parecían atravesar generaciones enteras sin modificarse demasiado. Kehdid desconfiaba de las descripciones literales. Creía más probable que ciertos hombres heredaran nombres, funciones rituales y memorias hasta volverse indistinguibles de sus predecesores.

“Algunos pueblos —anotó— comprendieron antes que Europa que el hombre puede sobrevivir en otros hombres. Estamos hechos de malentendidos.”

Sin embargo, el tratado menciona también figuras más inquietantes. Entre ciertos relatos provenientes de regiones cercanas al golfo de Guinea aparece un viajero silencioso que recorre aldeas desde tiempos inmemoriales. Nunca

pide alojamiento dos veces en el mismo lugar y evita permanecer cerca de funerales. Algunos ancianos afirmaban que podía reconocer de inmediato a quienes estaban próximos a morir.

Kehdid encontró especialmente perturbadora una creencia repetida en distintas regiones: la peor muerte no consistía en dejar el cuerpo, sino en ser olvidado por completo. El verdadero final ocurría cuando nadie pronunciaba ya el nombre del muerto.

Durante una conferencia tardía comentó que quizá todas las civilizaciones terminan descubriendo la misma verdad con palabras diferentes: que la memoria de los hombres constituye la única eternidad verificable.

América

Los pueblos de América imaginaron la eternidad de formas profundamente distintas a las de Europa. Kehdid

observó que, desde las regiones heladas del norte hasta los confines australes de Tierra del Fuego, la permanencia rara vez aparecía asociada al individuo aislado. Más bien parecía residir en la tribu, los ancestros y ciertos rituales capaces de sobrevivir a quienes los ejecutaban.

Entre algunos pueblos del norte existían relatos sobre hombres que atravesaban bosques nevados durante generaciones enteras sin envejecer visiblemente. Kehdid sospechaba, otra vez, que muchos de ellos eran chamanes sucedidos por discípulos que heredaban máscaras, nombres y memorias rituales.

En Mesoamérica, el persa encontró una idea todavía más extraña. Los dioses mismos aceptaban el sacrificio y la muerte como parte del orden del universo. El Sol requería sangre; el tiempo avanzaba mediante destrucciones sucesivas. Kehdid admiraba esa visión porque, según escribió, “solo las civilizaciones

verdaderamente antiguas comprenden que incluso los dioses deben morir.”

En los Andes observó otra forma de permanencia. Los muertos continuaban participando de la vida de los hombres. Las momias de antiguos gobernantes eran conservadas, consultadas y alimentadas ceremonialmente siglos después de su muerte. El persa encontró conmovedora esa negativa a abandonar completamente a los ancestros.

Sin embargo, el pasaje más inquietante del capítulo americano se encuentra en sus páginas finales, dedicadas a los pueblos de Tierra del Fuego.

Kehdid describe con fascinación ciertos rituales donde los hombres cubrían sus cuerpos con pinturas blancas, negras y rojas hasta dejar de parecer humanos. El persa comprendió inmediatamente que aquellas ceremonias no eran simples disfraces. El individuo desaparecía bajo las líneas y símbolos. El hombre dejaba de ser sí mismo y se

convertía en otra cosa: espíritu, antepasado o memoria colectiva.

Kehdid sospechaba que aquellos pueblos habían descubierto una forma singular de inmortalidad. No la del cuerpo eterno, sino la de la identidad compartida.

“El hombre pintado —escribió— no teme demasiado a la muerte, porque sabe que volverá a existir en otros cuerpos.”

La idea de la permanencia continuaba existiendo, pero no como el “yo del cuerpo”, sino como el “nosotros, la comunidad”.

Pensamiento final

A medida que agotamos la geografía, más y más historias se dejan ver. Algo que pareciera una anomalía cósmica se convierte, desde cierto punto de vista, en una regla.

También cabe otra posibilidad, una que preferiría ignorar, aunque la educación recibida de mis mayores no me permite hacerlo del todo: que esas criaturas jamás hayan existido.

Si aceptáramos semejante idea, quedaría entonces una pregunta todavía más difícil: ¿por qué los hombres inventarían tales historias?

¿Qué obtiene un campesino al repetir relatos de inmortales mientras cosecha el trigo? ¿Qué necesidad tendría una anciana de hablarle a su nieto sobre el hombre que despertó en una cueva para volver junto a su padre?

Las respuestas más evidentes suelen parecerme las menos convincentes.

Creo —o acaso necesito creer— dos cosas.

La primera: que sospechamos la existencia de esos seres y por ello los imaginamos.

La segunda: que, al comprender nuestra finitud, al saber que los granos

de arena terminarán por caer,
encontramos cierto alivio en la idea de
que alguien, en algún rincón del mundo,
haya logrado eludir esa hora terrible.

Que algunos hombres puedan
continuar caminando, seguir viendo
amaneceres y, quizá con algo de
fortuna, seguir amando.

Amén.

